

Joachim Radkau

Max Weber

Traducción:
Edda Webels

Traducción de notas, epílogo,
cronología y bibliografía:
Claudia Cabrera

Joachim Radkau

Max Weber

La pasión del pensamiento



Primera edición en alemán, 2005
Primera edición en español, 2011

Radkau, Joachim

Max Weber. La pasión del pensamiento. / Joachim Radkau ; trad. de Edda Webels ; trad. de notas, epílogo, cronol. y bibliograf. de Claudia Cabrera. — México : FCE, 2011
1086 p. : fots. ; 23 × 17 cm — (Colec. Sociología) Título original: Max Weber. Die Leidenschaft des Denkens — Incluye: cronología, bibliografía e índice
ISBN 978-607-16-0573-3

1. Weber, Max — Crítica e interpretación 2. Sociología I. Webels, Edda, tr. II. Cabrera, Claudia, tr. III. Ser. IV. t.

LC HM479 .W42

Dewey 301 R515m

Distribución mundial

Diseño de forro: Paola Álvarez Baldit

D. R. © 2005, Carl Hanser Verlag, München/Wien

D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14378, México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672; fax (55) 5227-4640

ISBN 978-607-16-0573-3

Impreso en México • *Printed in Mexico*

<i>Ante la cueva del león enfermo</i>	11
I. La violación de la naturaleza	
Lazos de sangre y afinidades electivas	21
La gran madre y la naturaleza mezquina	41
Max y Minimax: hermanos de sangre, de juramento y de borracheras	62
«Nos llevamos casi tristemente bien»: el matrimonio entre compañeros de los Weber	79
Ruptura con el «miasma patriarcal»	109
Anteo, Antigüedad y terratenientes	130
Materialismo e idealismo, bolsa de valores y honor	168
Erupciones desde el hielo	200
«Evangelio de la lucha» y corpulencia al viejo estilo alemán	229
Tiranizado por la naturaleza y por los nervios	263
II. La venganza de la naturaleza	
Los demonios	287
«Una especie de construcción espiritualista de la economía moderna»	363

Sur-norte-oeste-este	406
Del «ensayo de los suspiros» a la «Psicofísica»	464
Del «Eranos» al movimiento erótico	513
El amor-odio de Max Weber a los alemanes	578
III. Redención e iluminación	
Carisma	631
Ciencia sin juicios de valor y furia liberadora	718
El carácter primigenio de la comunidad	753
De los cánticos triunfales de Débora a los «titanes de los anatemas sagrados»	788
Guerra mundial y huida del mundo	819
Los grandes discursos, el gran amor y la muerte	865
<i>Epílogo.</i> «¿He de regirme por la imagen que ustedes se han hecho de mí?»	973
<i>Cronología de la vida de Max Weber</i>	1013
<i>Bibliografía</i>	1025
<i>Índice de personas</i>	1061
<i>Créditos de las imágenes</i>	1073
<i>Agradecimientos</i>	1075
<i>Índice general</i>	1077

Porque nada tiene valor para el ser humano como tal,
si no puede hacerlo con *pasión*.

Debemos cuidarnos especialmente de aquellas biografías que nos ofrecen una imagen totalmente coherente, convincente y clara de una persona... La vida no acostumbra crear «tipos ideales»; el investigador de la verdad los requiere cuando mucho para orientarse; él va en busca de la singularidad del carácter.

Psiquiatra HANS W. GRUHLE, «Ensayos conmemorativos en honor a Max Weber» (1923). [«Die Selbstbiographie als Quelle historischer Erkenntnis», en Melchior Palyi (comp.), *Erinnerungsgabe für Max Weber*, vol. 1, pp. 165-166.]

Los múltiples ámbitos que desde Max Weber se han dispersado, sin que la mención ocasional de su nombre haya podido cambiar nada al respecto, constituyeron algún día una unidad, no en un sistema, sino en un individuo. Quien logre redactar una descripción de la vida de Max Weber que restituya esa unidad podría devolverle al paisaje estéril de la ciencia social contemporánea algo de la magia que tuvo algún día.

RALPH DAHRENDORF, «Max Weber und die moderne Sozialwissenschaft», en Wolfgang J. Mommsen y Wolfgang Schwentker (comps.), *Max Weber und die Zeitgenossen (WuZ)*, ensayos sobre la relación de Weber con otros intelectuales, p. 785.

También una vida puede ser una prueba; y para ciertas verdades probablemente sea la única prueba.

EUGEN ROSENSTOCK-HUESSY:
«Mihiest propositum», *Ja und Nein*, p. 58.

Ante la cueva del león enfermo

En una fábula de Esopo, un zorro se presenta ante la cueva de un león enfermo. El león lo llama y le pide que entre, pero el astuto zorro permanece fuera de la cueva. «¿Por qué no entras», pregunta el león. El zorro responde: «Pues yo entraría si no viera las huellas de muchos que han entrado, pero ninguna de uno que haya salido». En la versión de Horacio: *vestigia terrent*, «las huellas aterran». La frase se ha convertido en una sentencia célebre. Weber parecía un león enfermo ante los ojos de los que presenciaban sus padecimientos;¹ pero desde luego no un león inofensivo. Mientras más me adentraba en el campo de la investigación de Weber, más me daba vueltas en la cabeza el *vestigia terrent*. ¿Procedía de modo inteligente? Una y otra vez me asaltaban las dudas. Aquí también entraban muchas huellas, pero muy pocas salían. Hasta entonces me había acostumbrado a moverme en el campo abierto de la investigación, en la zona exterior de los gremios de las ciencias sociales. Weber me llevaba a su centro más íntimo, donde todo es tan estrecho que hay que estar parado codo con codo.

Para mi consuelo, también Weber fue en su tiempo un transgresor de fronteras; su especialidad consistía precisamente en traspasar las fronteras de las diferentes disciplinas. Quien acuda a Weber sólo como una autoridad en su propia disciplina no podrá apreciar esta perspectiva. Cuanto más se especializa la ciencia, más se pierde de vista el Weber total, y vemos sólo la mitad o la cuarta parte de nuestro personaje. Incluso se puede recurrir a «La ciencia como profesión» para justificar la propia estrechez de miras. Pero precisamente este ensayo es un ejemplo excelente de cómo no debemos atrapar a Weber en citas individuales, sino contemplar al hombre completo, desde los ensayos sobre la bolsa de valores hasta las cartas de amor.

¹ L 358, Berta Lask, *Stille und Sturm*, Halle, pp. 162-163.

Aquí nos ocupará en especial uno de los cruces de frontera de Weber: aquel entre la antropología y las ciencias naturales. La investigación sobre Weber no lo tomó mayormente en cuenta y, sin embargo, tiene una enorme importancia. Señalarlo es uno de los fines de esta biografía. Desde hace varias décadas me he movido dentro del triángulo de la técnica, el medio ambiente y la historia de la medicina; con el correr de los años comprobé que, a pesar del océano de la bibliografía secundaria weberiana, existía una enorme cantidad de accesos inadvertidos a Weber; accesos que en parte convergen unos en otros y nos permiten descubrir a un nuevo Weber. Uno de mis pasatiempos favoritos fue navegar por el CD-ROM de las obras completas de Weber, donde de continuo me encontraba con fragmentos de sus textos que antes había pasado por alto. A partir de la bibliografía secundaria tampoco se pensaría que los términos «técnica» y «técnico» aparecen nada menos que 1 145 veces en la obra weberiana, y a menudo de ninguna manera en un sentido trivial. En mis estudios sobre el nerviosismo moderno ya había descubierto que las cartas de Weber —y también las de Marianne— eran una mina de hallazgos para la semántica de la «nerviosidad» de la época. Para los weberianos que insisten en la interpretación inmanente de su obra, todo esto podrá ser meramente una historia de indiscreciones familiares, y sin embargo, oímos incluso de parte de antiguos y respetables expertos que las biografías weberianas se ven bloqueadas habitualmente por el hecho de que nadie sabe con precisión cómo entender ese «padecimiento nervioso» que cubre como una sombra la mayor parte del trabajo y la obra de Weber.

Por último, el término *naturaleza* y sus derivados. Según el CD-ROM aparece en la obra de Weber nada menos que 3 583 veces. Muchas citas no nos dicen nada; otras nos pueden parecer igualmente irrelevantes mientras se las tome en sí mismas, pero dejan de serlo en cuanto se las ve en su contexto. El concepto de naturaleza es, según me parece, el *eslabón perdido*, buscado tantas veces sin fortuna, entre la vida y la obra de Weber,² precisamente allí donde Weber riñe con la naturaleza, tanto con la externa como con la propia. Uno no debe detenerse sólo en la palabra «naturaleza»; aun sin el término, la naturaleza está presente. El reconocimiento de Weber de la *pasión* es también el reconocimiento de una fracción de la naturaleza en el hombre; no sólo en sus reacciones vegetativas, sino también en el pensamiento. Una de las frases centrales de «La ciencia como profesión» dice: «Porque nada tiene valor para el ser humano como tal, si no puede hacerlo con *pasión*».

«La naturaleza que ha sido tanto tiempo violada ahora comienza a vengarse»

² Christa Krüger, *Max und Marianne Weber. Tag- und Nachtansichten einer Ehe*, p. 225: «No existe hasta el día de hoy una biografía que describa la unidad de la obra y la persona de Max Weber, y es muy discutido si esta unidad existió y si se la debe buscar o construir». Como le explicó Christa Krüger al autor el 9 de enero de 2002, la búsqueda de tal unidad le parece carente de sentido.

(L 248). Así comenta Marianne Weber la crisis y el colapso de su esposo; ella, que pensaba, no sin razón, que aventajaba a su esposo en lo concerniente al conocimiento de la naturaleza, sobre todo de la naturaleza humana. Aun cuando el moderno analista weberiano deba dirigir sus esfuerzos a librarse por completo del punto de vista de la viuda —un centinela tan difícil de eludir para la investigación sobre Max Weber—, esa interpretación puede considerarse certera. Más aún, en un sentido mucho más amplio y profundo del que Marianne creía. Por esa misma razón quiero describir la vida de Weber en tres actos, con la naturaleza como generador de la tensión dramática. En efecto, un proyecto a la manera de un mito, o mejor dicho: de un tipo ideal. ¿Por qué no aplicarle el método de Weber a él mismo? Hemos aprendido de Weber que se necesitan tipos ideales para captar la realidad. Sin embargo, nunca se nos debe ocurrir *deducir* la realidad de los tipos ideales. Por ello no debe inquietarnos que la vida rebasa el proyecto dramático de los tipos ideales.

Quien como yo haya contemplado la tarea de su vida en la reunificación de la historia con la naturaleza, la discusión con Weber y su lucha implacable contra el naturalismo en las ciencias sociales se convierte no sólo en un ejercicio arduo pero necesario, sino también en una guía a través de un campo minado. Y, sin embargo, el mundo de Weber, con todas sus zonas áridas, aparece, al mismo tiempo, como un jardín encantado. Los espíritus están en todas partes y la naturaleza se encuentra también omnipresente, incluso en las metáforas. Cuando la madre le advierte a la hija que no permanezca bailando hasta altas horas de la noche, no le reclama: «No llegues tan tarde a la casa», sino que le dice con encanto: «No te conviertas en un murciélago, debes seguir siendo como la alondra, que ama la luz del sol y lanza gritos de júbilo al cielo» (LE 20).

Aunque los biógrafos de Hitler siempre lo hayan negado, al escribir una biografía uno queda atrapado inevitablemente en un proceso de identificación. Durante meses yo mismo sufrí una depresión que, en algunas de sus manifestaciones, se parecía demasiado a la de Weber, y creí que por eso mismo había comprendido de nuevo y mucho mejor sus teorías. En un momento dado mi esposa me dijo que la identificación con Weber le parecía, cuando menos, extraña; yo protesté: «¡No soy Weber!». Cuán lejos me encuentro de él lo sentí más que nunca mientras escribía este libro. Sin embargo, Weber se anida demasiado rápido en nuestro inconsciente y se adhiere a él, desafiándonos con sus ojos oscuros. No fui el primero en tener esa experiencia. Me di cuenta de cómo muchos de los admiradores de Weber de tiempo en tiempo fueron presa de la furia por ese incubo.

¿Quién era realmente Max Weber y quiénes sus personas más cercanas? ¿Marianne, Helene, Else y Alfred? Cuantas más historias escuchaba — y existe un número de ellas— más y más me daba cuenta de incongruencias y contradicciones, y más se convertía Weber para mí en una esfinge. Él mismo definió alguna vez la comprensión de un individuo como la física nuclear de la sociología (WL 439). En

efecto, las biografías desempeñan en las ciencias sociales un papel parecido a la teoría de los átomos en la física nuclear: llevan al descubrimiento del principio de incertidumbre. Precisamente las unidades más pequeñas de la historia, los individuos, cambian su forma según la posición del observador. Algunas veces existen no una sino muchas historias posibles.

Despojarse de esa metafísica weberiana, que busca detrás de las formas demasiado humanas de su héroe al verdadero Weber sublime y ajeno a toda deficiencia humana, produce una suerte de liberación. Quien se detiene demasiado con Weber corre el peligro de que buena parte de éste se le haga excesivamente masivo y su trayectoria por demás obvia. La comprensión sólo se convierte en un acto intelectual no trivial cuando nos damos cuenta de su verdadera dificultad. Un conocedor de muchos años de la obra de Weber me decía que se asombraba de todo lo que a mí me asombraba en Weber. Le respondí que yo me asombraba de todo lo que a él ya *no* le asombraba en Weber.

Algunos aspectos de Weber apenas llaman la atención cuando se ha estudiado con más detalle a las personas de su entorno. De hecho, para entender mejor su desarrollo histórico debe uno conocer a fondo a las personas más cercanas a su vida. El yo de los individuos surge del tú de los otros. Weber creyó vivir en la época de los epígonos y del desencantamiento. No obstante, uno queda atrapado no sólo con él, sino también con sus interlocutores, en un espacio mágico y centelleante de manifestaciones culturales. Al final no sabemos si Weber era un «gran hombre» entre sus contemporáneos —en el supuesto caso de que llegáramos a saber algún día qué significa ser un «gran hombre»—. El buen sentido del postulado weberiano de la libertad de juicios de valor se reconoce, no en última instancia, si se toma en serio también en sus biografías.

Sin embargo, con grandeza o sin ella, Max Weber es uno de los científicos gracias a los cuales las ciencias sociales llegaron a tener un rostro; alguien con el cual podemos seguir discutiendo, y que va creciendo cada vez más cuando se leen y se releen sus textos. En cierto modo un pobre diablo³ y, sin embargo, alguien que nos da el consuelo de que, aun cuando nos encontremos en un callejón sin salida y hayamos derrochado demasiada energía, al final podemos encontrar un camino propio. Y sobre todo alguien que nos alienta a soportar las tensiones del pensamiento más atrevido, los golpes inesperados más agudos y analíticos, las hipótesis del «Qué pasaría si», y el despliegue de la pasión intelectual. Por otro lado, alguien que nos incita a mortificar con cuestionamientos nuestras propias acrobacias intelectuales y nos recuerda que toda ciencia se interesa, en última instancia, por la verdad, y que una crítica del conocimiento sin el interés por la verdad se precipita al vacío.

Este libro sobre Weber se fundamenta en el credo que Schiller escribió del

³ «¡Qué tipo! Y, no obstante, un pobre diablo.» Wilhelm Hennis al autor el 7 de julio de 2003.

modo más bello en *Los hechos de los filósofos*, y que ha sobrevivido duraderamente a todas las doctrinas marxistas y freudianas: «Einstweilen, bis den Bau der Welt/ Philosophie zusammenhält,/ Erhält sie das Getriebe/ durch Hunger und durch Liebe».* El biógrafo tampoco debe olvidar que el cuerpo y el alma son inseparables. Las emociones no son una contaminación del pensamiento, sino la base de los procesos teóricos. Quien reflexiona sobre el pensamiento siempre debe tener en cuenta este sustrato.

Las ideas y los sentimientos se encuentran unidos de modo indivisible; muchas decisiones se toman «desde el fondo de las entrañas»; esta intuición que los profanos tuvieron siempre presente ha sido consagrada incluso por la neurofisiología moderna como rasgo distintivo de la ciencia contemporánea. Aunque muchos teóricos de la ciencia se comportan como si existiera, los investigadores del cerebro nunca descubrieron un reino de la razón pura, independiente de las emociones. Pero Lichtenberg ya lo sabía al exigirle al estudioso: «Aprende a conocer tu cuerpo y lo que puedas saber sobre tu alma». También Marianne Weber sabía cuán importante era la historia del cuerpo en la vida de su esposo. Me parece que la mayoría de los estudiosos de Weber lo saben; pero muchos se lo guardan como si fuese un conocimiento secreto.⁴

Pocos científicos como Weber han querido negar, a ratos de modo tan obsesivo, la presencia de las emociones en el pensamiento; pero al mismo tiempo muy pocos la delatan de una manera tan apasionante. Precisamente la mayor creatividad científica tiene —oculta o manifiesta— una parte emocional; ésta es particularmente notable en un intelecto apasionado del calibre de Max Weber. Por desgracia quienes se muestran fascinados por la *obra* de Weber muestran por regla general muy poca curiosidad por su *vida* y viceversa. Sin embargo, en estas interacciones todavía hay mucho por descubrir. En las travesías se revela no sólo algo sobre Weber sino sobre las raíces de la creatividad en las ciencias sociales. En última instancia, se trata de transformar a Weber en una personalidad productiva para la investigación futura, y no de racionalizar si fue o no fue un profeta, en el estilo de necedades como, por ejemplo: «Sin embargo Max Weber tenía razón» o «aquí se equivocó Weber».

En las ciencias sociales contemporáneas prevalece de manera demasiado exclusiva el aire enrarecido de la academia. Hoy como nunca se ha relegado la plenitud de la realidad, la verdadera experiencia de la vida. Si bien hay historiadoras que han proclamado, como Barbara Duden, *La historia bajo la piel*, ellas mismas han convertido muy pocas veces esos lemas en una investigación de exactitud concluyente, y en lugar de eso se han contagiado del enrarecimiento de la realidad en las ciencias. De ese modo las ciencias sociales han perdido buena parte de su vitalidad.

*«Por lo pronto, hasta que la filosofía sostenga la construcción del mundo, éste mantiene el engranaje por medio del hambre y del amor.»

⁴ Horst Gravenkamp, *Geschichten eines elenden Körpers. Lichtenberg als Patient*, p. 62.

El verdadero Weber se encuentra muy lejos del espantajo de la academia que suele evocarse con frecuencia, y constituye un antídoto eficaz contra la pérdida de la vivacidad en las ciencias sociales. Weber nos recuerda lo que puede ser la ciencia: una lucha llena de tensión entre la plenitud de la vida y un entendimiento frío y analítico, no sólo un truco para acomodarse entre discursos diversos y presentarse como un experto importante. Una de las fórmulas comunes de los profesores que buscan interesar a sus alumnos en el pensamiento de Weber es repetir la advertencia: «No se puede pasar por alto a Weber». De este modo, sin embargo, se presenta a Weber como un obstáculo, más que como una atracción. Si sus mismos admiradores invocan a Weber como una de «las columnas sagradas de las ciencias sociales» y, peor aún, lo tratan como si lo fuese efectivamente, contribuyen muy poco a transformarlo en una presencia cotidiana de las ciencias sociales. Para ello es preciso bajarlo primero de su pedestal.

Si se trata de darle vida al pensamiento de Weber, el objetivo no consiste en construir una «psicohistoria» de su inconsciente con ayuda de los mismos testimonios de Weber y de las personas que convivían con él. Hoy nos interesa sobre todo su propia experiencia —consciente o semiconsciente— de sí mismo y del mundo, pues sólo ella pudo plasmarse de modo identificable y claro en el proceso creativo de Max Weber. Es posible darse cuenta de que, en casi todos los congresos sobre Weber, se malentienden sus citas, porque no se atiende a la situación por la que pasaba su vida en los momentos respectivos, o la misma se percibe de modo vago y poco claro. Por eso no debe aducirse el argumento letal del «reduccionismo biográfico»; no se pretende reducir la obra de Weber a los complejos de la infancia. Por el contrario, quiero seguir las huellas hasta hoy existentes de la interacción entre teoría y realidad, entre construcción racional y emociones, a lo largo de toda una vida. Me parece que, para aprender de Weber, no se puede prescindir de esas pistas, que permiten aprender también sobre oportunidades de experiencia y de conocimiento no aprovechadas. Ciencia y vida, ciencia y amor, ciencia y felicidad. Después de cuatro décadas de trabajar en la universidad, no existe para mí un tema más importante y apasionante. La vida de Weber, sus amores, sufrimientos e ideas siguen constituyendo una fuente inagotable de inspiraciones, ya sea como una extraña realidad del engranaje de la ciencia o del mismo eros. Acaso sea ésta la razón por la cual este león enfermo retiene todavía a mucha gente dentro de su cueva.